LA LEYENDA DE LOS OCHO GUERREROS PERRO

Hakkenden

Yamada Fūtarō

Traducción del japonés:
Ismael Funes

Revisión:
Alessandra Moura

QUATERNI

Hakken-den 八犬伝

Copyright © 1983 by Futaro Yamada 山田風太郎・作
First published in Japan in 1983 by Asahi Shimbun Sha Co., Ltd., Tokyo
Spanish translation rights arranged with The Japan Writer's Association
through Japan Foreign-Rights Centre/ Ute Körner Literary Agent, S.L.
www.uklitag.com

Copyright © 2013 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados
Traducción del japonés: Ismael Funes Aguilera y Alessandra Moura Martínez (rev.)

LA LEYENDA DE LOS OCHO GUERREROS PERRO. Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941173-6-7
EAN: 9788494117367
IBIC: FJH

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6
Parque Empresarial Inbisa
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es
Buenos Aires | Madrid | México D.F. | Santiago de Chile

Editor: José L. Ramírez C.
Revisión: Raquel Ramos Cudero
Diseño de colección: Quaterni
Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com
Maquetación: Grupo RC
Impresión: Villena Artes Gráficas
Depósito Legal: M-30896-2013
Impreso en España

19 18 17 16 15 14 13 (12)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

LA LEYENDA DE LOS OCHO GUERREROS PERRO

Inuzuka[1] Shino — *Kō* 孝 Gema[2] de la «Piedad Filial»
Inukawa Sōsuke — *Gi* 義 Gema del «Honor»
Inuyama Dōsetsu — *Ch*ū 忠 Gema de la «Lealtad»
Inukai Genpachi — *Shin* 信 Gema de la «Confianza»
Inuta Kobungo — *Tei* 悌 Gema de la «Fraternidad»
Inumura Daikaku — *Rei* 礼 Gema de la «Cortesía»
Inusaka Keno — *Chi* 知 Gema de la «Sabiduría»
Inue Shinbē — *Jin* 仁 Gema de la «Benevolencia» (la más Grande Virtud)

1 Todos los apellidos de los guerreros comienzan por *inu* que significa «perro».
2 Cada cuenta simboliza una de las ocho virtudes supremas del confucianismo.

Fantasía: FUSEHIME

I.

Corría el año dos de *Chōroku* (1458) bajo el gobierno de Yoshimasa, octavo *shōgun*[1] Ashikaga. Un año antes, Ōta Dōkan había mandado erigir el primer castillo de la región de Kantō, en un lugar llamado Edo.

Era agosto, en la provincia de Awa, el castillo de Takita estaba a punto de caer.

Aquella tarde, Satomi Yoshizane, el señor del castillo, acompañado de su heredero Yoshinari de casi dieciséis años y de dos de sus lugartenientes, se dirigía al patio del castillo. Aunque todavía rondaba la treintena, lo cierto es que ya caminaba con un bastón, y no porque estuviera herido, sino porque estaba famélico. Y lo mismo se podía decir de sus tres acompañantes, que renqueaban y, más que caminar, parecía que se estaban moviendo en el fondo del agua.

Llevaban rodeados por el enemigo diez días. Después de los tres primeros se les habían acabado las provisiones y, más tarde, el batallón no había probado bocado. De hecho, era un milagro que hubiesen aguantado tanto.

---

1 *Shōgun:* Dictador que ejercía el poder de facto, en contraposición al emperador que solo tenía un poder simbólico y vivía en Kioto.

Desde hacía buen rato había empezado a soplar un viento que anunciaba lluvia y alrededor de los cuatro hombres el paisaje parecía fluctuar como si verdaderamente el patio estuviera debajo del agua. Bajo aquella lúgubre luz, no daban un paso sin encontrarse con el cuerpo de un soldado fallecido de inanición o con algún otro, todavía vivo, pero de movimientos lentos y espectrales.

Yoshizane y los suyos habían estado recorriendo el castillo para reunir a los hombres todavía capaces de combatir y así poder improvisar un último ataque; hasta que al final se había rendido a la evidencia. Finalmente, se dirigió a sus hombres:

—En estas condiciones cualquier maniobra de escape será imposible. Debo, con infinito dolor, pediros que ordenéis a todos aquellos que todavía puedan levantarse que dejen el castillo. Nos rendimos… en cuanto a nosotros… el *seppuku*[1].

Justo en aquel instante, se oyó la voz de una mujer que perseguía un perro:

—Yatsufusa, ¡vuelve aquí!

El perro en cuestión parecía la estatua de un templo. Tenía tanto las dimensiones como la cabeza de uno de estos leones de los santuarios; sin embargo, en el pecho se le marcaban todas las costillas. La chica que corría detrás, delgada y etérea, era Fusehime, de casi diecisiete años, de Yoshizane.

—¿Qué os ocurre, hija? —le preguntó su padre.

—Estaba regañando a Yatsufusa por intentar comerse la carne de un *samurai*[2] muerto.

El padre permaneció en silencio unos instantes y se sentó en una caja de flechas vacía abandonada en el patio.

—Es lo más natural, los animales actúan instintivamente para escapar del hambre.

---

1 *Seppuku:* Suicidio honorable que consiste en abrirse el vientre en canal, más conocido en occidente como *harakiri*.

2 *Samurai:* Guerrero a las órdenes del *shogun.*

Yatsufusa se postró delante del señor con la lengua fuera.

—Esta noche moriremos todos. Vos también. Será menos cruel el filo de mi espada que veros morir de inanición.

Lejos, del otro lado de la muralla, llegaban los gritos de guerra del enemigo. Con la mirada en el vacío, Yoshizane masculló entre dientes:

—Ese maldito Anzai Kagetsura…

No pudo evitar estremecerse al recordar la serie de acontecimientos que habían desembocado en la tragedia en la que se veían ahora inmersos.

El dominio del señor Satomi se extendía por Heguri y Nagasa, dos de los cuatro condados que componían la provincia de Awa. Sin embargo, el año anterior, una extraña plaga había afectado exclusivamente a los arrozales de esos dos condados y la cosecha resultó desastrosa. Yoshizane, en calidad de gobernante magnánimo, se resignó a no exigir a sus campesinos la parte de las cosechas que le correspondían como impuestos, incluso sabiendo que las reservas del propio castillo estaban bajo mínimos. De hecho, en verano resultaba evidente que con semejante escasez no tendrían para aguantar más que unos pocos días.

Unos años atrás, los condados vecinos de Awa y Asahina habían sufrido una plaga de langostas y Yoshizane envió cinco mil sacos de arroz, atendiendo así a la llamada de socorro del señor Anzai. Dada la situación actual, Yoshizane decidió pedir ayuda al señor vecino. A tal efecto, envió al joven capitán Kanamari Daisuke como emisario al castillo de Tateyama, residencia de Anzai. Sin embargo, no habían vuelto a saber de él. En su lugar, se presentaron las huestes de Anzai, compuestas por más de dos mil soldados. Anzai Kagetsura confirmaba así su fama de villano al decidir atacar nada más enterarse de que el castillo de Takita no disponía de provisiones. Kanamari Daisuke seguramente habría sido ejecutado para evitar que diera la voz de alarma.

Si Yoshizane hubiera acertado a prever las intenciones de su vecino, seguramente habría conseguido otra fuente de provisiones, pero el ataque le pilló por sorpresa y la hambruna se adueñó del castillo inmediatamente.

—Daría lo que fuera por tener la cabeza de ese miserable —rugió Yoshizane mientras bajaba la mirada hacia el perro tendido a sus pies. El can alzó la cabeza y miró fijamente a su dueño—. Yatsufusa, ¿me traerías tú la cabeza de Kagetsura? Si lo hicieras te daría carne y pescado, tanto como quisieras para el resto de tu vida. Es más, te pagaría el sueldo de un ministro.

El perro pareció girar la cabeza.

—¿Acaso no es suficiente? Te concedería la mano de Fusehime…

—Pero padre, ¿qué decís? —imploró su hija—. Es solo un perro.

Yoshizane dejó escapar un suspiro y calló. Pero entonces, un gruñido extraño, como proveniente de las entrañas de la Tierra, escapó de la boca de Yatsufusa.

Yoshizane se arrepintió inmediatamente de semejante proposición: «Estoy perdiendo la cabeza —pensó—. Estas palabras son fruto de la angustia y no son dignas de un señor.» Miró a un lado y a otro avergonzado y se alzó. Pero se encontró con Yatsufusa echado a sus pies, impidiéndole el paso, con la mirada levantada hacia él y todavía gruñendo suavemente:

—Ja, ja, ja… Se me olvida mi rango… La de tonterías que he dicho en una sola mañana.

Porque lo cierto es que Yatsufusa no era un perro cualquiera, y su dueño lo sabía. No se trataba solo de que tuviera un tamaño y una figura particular, sino que, excepcionalmente, entendía perfectamente el idioma de las personas. Lentamente elevó su hocico hacia el cielo encapotado y su gruñido se hizo más fuerte para dar paso a un rugido que no se detendría. Yoshizane sintió cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo y alzó su bastón:

—¡Adelante, Yatsufusa!

El perro se levantó y empezó a correr. Su silueta se iba fundiendo con la penumbra del nublado mediodía conforme se acercaba a la puerta del castillo, pero al pasar por debajo del imponente olmo que se alzaba en el patio, algo cayó de una rama sobre el lomo del animal, que continuó su carrera como si nada.

Los criados Sugikura Kisonosuke y Horiuchi Kurando se miraron entre sí:

—¿Habéis visto eso?

—Parece un animal…

—¡Se trata de un mapache[1]! —gritó Yoshizane.

—¿Cómo? ¿Un mapache? —exclamó su hijo Yoshinari.

—Sí, Yatsufusa creció amamantado por una mapache… —mumuró Yoshizane con la mirada fija en la oscuridad que iba trasmutando el cielo—. Kurando, Kisonosuke, ¿no recordáis a la mapache que bebió de la sangre de Tamazusa y huyó?

—¿Tamazusa? ¿De qué habláis, padre?

Yoshizane y los sirvientes intercambiaron una mirada que explícitamente indicaba sus pocas ganas de responder. Yoshinari, con apenas dieciséis años, no tenía modo alguno de comprender por qué los criados se sobresaltaron tanto al oír a su señor pronunciar aquel nombre maldito.

Yoshizane finalmente agitó su cabeza y empezó a caminar hacia sus aposentos. Se volvió un momento y añadió con tono de burla:

—¿Y ahora qué más da? Es un recuerdo que me acaba de asaltar. Kurando, Kisonosuke… Si por algún casual el espíritu airado de Tamazusa pululara entre estos muros, ¿no os parece que estaría contenta de vernos en semejante situación?

---

1 Los mapaches (*tanuki*) y los zorros (*kitsune*), en el folclore japonés, son una especie de duendes con poderes especiales con capacidad de metamorfearse o cambiar la forma de otros.

II.

Remontémonos diecisiete años atrás, al periodo de guerras civiles.

El joven Satomi Yoshizane no era más que un guerrero sin señor que vagaba por la provincia de Awa con la única compañía de sus vasallos Sugikura Kisonosuke y Horiuchi Kurando.

Las guerras entre señores feudales habían sumido en el caos las Ocho Provincias al norte de Kamakura, la capital del *viceshōgun* del Este. La paz se veía lejana; los incesantes complots, traiciones y guerras entre el *shōgun* de Kioto, el *viceshōgun* de Kamakura, sus generales y las cada vez más poderosas familias locales finalmente escalaron en la guerra de los Yūki.

El cuarto mes de la era de *Kakitsu*[1] (1441), el castillo del señor de Kantō, Ashikaga Mochiuji, cayó tras un sitio de tres años en manos de Uesugi Norizane, general del mismo Ashikaga y *viceshōgun*. Posteriormente, Yūki Ujitomo se alzó en armas a favor del hijo que había dejado Ashikaga.

Los Satomi eran aliados de Ashikaga Mochiuji, por tanto, el joven Yoshizane partió en compañía de Suemoto, su padre, para defender el castillo de los Ashikaga. Durante el asedio el padre murió y al joven no le quedó más remedio que buscar refugio en Awa acompañado de sus dos vasallos. Fue entonces cuando, por casualidad, se cruzó en su camino un mendigo llamado Kanamari Hachirō. Este había servido al señor del castillo de Takita en Awa. Nada más presentarse, Hachirō exclamó vehementemente:

—¿Os habéis fijado en el semblante lívido que traen las gentes de esta provincia? Se debe sin duda a los años de sufrir

1 La datación de los años del sistema imperial japonés se realiza en función del emperador reinante. Cada nuevo emperador inicia su reinado con un año uno y da su nombre al periodo.

el detestable gobierno del señor Yamashita Sadakane, ese usurpador… Aquí donde me veis, hace años yo trabajaba para Jin'yo Mitsuhiro, el señor legítimo, y Yamashita no era más que un vulgar criado hijo de pastores. Un fatídico día mi señor se prendó de una belleza de nombre Tamazusa. Lo que no sabía es que ella estaba viéndose a escondidas con un apuesto pastor, que no era otro que Yamashita. El caso es que bajo su venenosa influencia, mi señor acabó por despreocuparse de todo; solo le importaban los placeres mundanos. Yo mismo intenté hacerle ver que aquel camino de depravación no era lo más adecuado. Pero él montó en cólera y me expulsó, obligándome a vagar por los caminos.

La tal Tamazusa era realmente hermosa y, curiosamente, mantenía como mascota a una mapache. En cuanto a Yamashita Sadakane, quizá fuera un zorro, teniendo en cuenta cómo se hizo finalmente con la provincia.

Sin embargo, vivían en Awa dos campesinos muy valientes, Somaki Bokuhei y Sunosaki Mukuzō. A pesar de sus orígenes plebeyos eran muy buenos con la espada y albergaban secretamente el deseo de acabar con Yamashita, al que consideraban causante del sufrimiento de la población.

Yamashita tenía la costumbre de desplazarse montado en un caballo blanco de Aomiko, una zona de Awa famosa por sus purasangres. Un día, Yamashita acompañó al señor de la provincia a una cacería. Somaki y Sunosaki dispararon sus flechas contra el jinete del corcel blanco, pero ¡horror! Se trataba del señor Jin'yo. Yamashita hacía tiempo que sospechaba que iban a por él y había invitado a subir al señor a su propio caballo. Los dos asesinos fueron rodeados rápidamente. Uno cayó en la refriega y el otro fue capturado y ejecutado. Así, Yamashita, con la inestimable ayuda de aquellos que querían matarlo, se deshizo del señor y ocupó su lugar con Tamazusa como concubina, para, inmediatamente, entregarse a la tiranía y a los placeres más desenfrenados. Estos acontecimientos llegaron a oídos de Kana-

mari Hachirō, que regresó en secreto a la provincia y esperaba una oportunidad de atacar a Yamashita. Pero este estaba siempre escoltado por unos guardas atentos y vigilantes e incluso bajo sus ropas de mendigo no había podido acercarse lo suficiente a su presa.

—El azar os ha traído hasta mí y en vosotros veo la oportunidad que esperaba. Sé que habéis huido del castillo de Yūki. Apelo a vuestra alma de caballero para que os pongáis a mi servicio para despachar a ese usurpador de Yamashita y sacar a nuestro pueblo de la miseria en la que ese degenerado nos tiene sumidos.

Satomi Yoshizane y sus hombres accedieron de buen grado a la proposición de Hachirō y poco después, lideraron a los campesinos en una revuelta a la que se unieron numerosos fugitivos, con tal éxito que Yamashita se vio obligado a suicidarse en medio del patio de su castillo en llamas. Yoshizane guardaba un vivo recuerdo de la escena.

El crepúsculo empezaba a invadir el patio cuando se dirigieron a prender a la concubina del señor caído.

—¡Tamazusa! —le espetó Kanamari Hachirō—. ¿Cómo te atreves a ir con la frente alta cuando has sido la causa de la ruina de este país? Intrigaste para asesinar al primer señor, accediste a compartir el lecho del segundo, un vulgar pastor, y usaste tus encantos para dominarlos a los dos sin importarte el sufrimiento de todas sus gentes. ¿Acaso no tienes conciencia?

Tamazusa alzó su cabeza todavía más:

—¿Qué estáis diciendo? No he sido yo la que abusando de los placeres ha descuidado el gobierno. Ni tampoco obligué a ninguno de los dos a obrar así. En cuanto a los asesinos del antiguo señor, creo que eran amigos vuestros.

Hachirō se quedó mudo porque, ciertamente, los que habían disparado contra Jin'yo Mitsuhiro, habían sido discípulos suyos en el manejo de las armas. Tamazusa continuó con el negro pelo alborotado y lágrimas en los ojos. Parecía una flor que la lluvia había hecho caer al fango.

—Mi señor Jin'yo os desterró y ahora volvéis acompañado de forasteros a tomar el castillo y a acusarme de arruinar el país. A mí, una simple mujer. ¿Quién estaba al servicio de los señores y se aprovechaba de sus prebendas y beneficios sin ningún pudor? No era yo, sino sus propios vasallos. ¿De qué crimen me podéis acusar? Acaso de ser la mantenida de Jin'yo y después la de Yamashita. Pero decidme, ¿acaso nos queda otro camino a las mujeres?

Yoshizane se resistía a creer que ella fuera la única causante de la ruina, tal y como Hachirō había señalado.

—Lo que dice es cierto. —Miró a Hachirō, que observaba callado, y ordenó a Sugikura Kisonosuke:

—Soltadla.

—Gracias señor, por vuestra misericordia —exclamó Tamazusa. Pero Hachirō se apresuró a añadir:

—¡No podéis hacer eso! No os dejéis engañar. Sus crímenes igualan a los de Sadakane. No es una pobre inocente atrapada por las circunstancias, eso lo sabe todo el mundo por aquí. Señor, ¿qué pensarán los campesinos que se han rebelado al ver que castigáis a Sadakane y a sus vasallos pero perdonáis a esta mujer? ¿Qué sentido tiene?

Impresionado, Yoshizane bajó la cara con la mirada sombría.

—Entonces, cortadle la cabeza.

Hachirō desenvainó su espada y bajó al patio. Tamazusa continuaba mirando a Yoshizane:

—Señor Satomi, ¿vais a permitir que me maten?

Yoshizane permaneció en silencio. En aquel momento el bello rostro de Tamazusa se transformó en el de una diablesa que rugió:

—Maldito seas, Kanamari Hachirō, si no cumples la orden del señor Satomi y me dejas libre, si caigo yo bajo tu espada, pronto llegará el día en que tú caerás bajo otra. Y en cuanto a vos, Satomi Yoshizane, que primero me liberáis y después faltáis a vuestra palabra, bonita manera de jugar con la vida de la gente.

Yoshizane, que no era ningún cobarde, no pudo evitar que se le pusiera la piel de gallina y echarse a temblar: «¡Esa mujer es una bruja!».

—Faltad a vuestra palabra y matadme, pero puesto que esa es vuestra voluntad yo maldigo vuestra estirpe y así vos, vuestros hijos y vuestros nietos descenderéis a la vida animal y os convertiréis en perros hostigados por las más bajas pasiones.

La espada de Hachirō silbó y la cabeza de la hermosa diablesa rodó por el suelo.

El cuerpo de Tamazusa quedó en medio de un mar de sangre que manaba de su cuello seccionado mientras Yoshizane parecía percibir un murmullo que se iba elevando desde las sombras.

Kanamari Hachirō fue a ordenar a los soldados que la enterraran fuera de los muros del castillo y regresó al lado de Yoshizane con el semblante pálido. Este, manifiestamente abatido, observaba a los hombres que llevaban el cadáver sobre el batiente de una puerta cuando oyó los gritos de sorpresa. Él también lo vio. Una sombra saltó desde una rama del gran olmo justo cuando la improvisada camilla pasaba por debajo.

—¡Un mapache!

—¡Fuera bicho! —gritaban los soldados que acarreaban la puerta. Inmediatamente se presentaron dos o tres más, espada en mano pero la silueta oscura de la bestia ya había desaparecido entre el follaje del árbol del que había emergido. Fue entonces cuando Yoshizane recordó que Tamazusa tenía una mapache como mascota. Luego le contaron que el animal había lamido ruidosamente la sangre que todavía resbalaba del cuello cortado de su ama y para después huir de un salto.

Habían pasado diecisiete años desde aquello.

Y en todo ese tiempo, aparte de un pequeño incidente, nada había alterado la tranquilidad de esos años, algo realmente excepcional teniendo en cuenta los turbulentos tiempos que corrían. El pequeño incidente fue la muerte de Kanamari Hachirō.

Lo primero que hizo Yoshizane, que había pasado de fugitivo a improvisado señor de aquel pequeño rincón de Awa, fue anunciar la noche del festival de *Tanabata*[1] que, como muestra de agradecimiento, deseaba concederle a Hachirō el señorío de Tōjō, situado al este de Awa. Lejos de agradecérselo, Hachirō se abrió el vientre delante de todo el mundo. Yoshizane se apresuró a preguntarle la razón, a lo que un moribundo Hachirō respondió:

—Nunca he obrado por ansia de honor. Yo solo quería castigar al traidor Yamashita Sadakane por robarle el dominio a mi señor. Pero Tamazusa tenía razón… fueron mis hombres los que habían matado a mi señor. Por lo que yo soy responsable. Si aceptara vuestra oferta, seguramente volvería para reírse de mí. Con mi *seppuku* pido perdón a mi señor y me libero de la maldición de esa criatura infernal. A la vez que me mantengo fiel a las leyes de la razón que rigen nuestro mundo.

Yoshizane se quedó petrificado mientras en el fondo de su conciencia resonaban las últimas palabras de Tamazusa: «Si caigo yo bajo vuestra espada, pronto llegará el día en que vos caeréis bajo otra». Solo le había faltado añadir una carcajada que no llegó a dejar ir pero que, sin embargo, ahora resonaba como un eco.

—Mi señor, haced de Awa un paraíso, la provincia más bella del país. Mi espíritu velará por que así sea. En cuanto a vos, Daisuke —se dirigió entonces a su hijo allí presente—, apenas tenéis cinco años, pero espero que sepáis recordar las palabras de vuestro padre y consagréis vuestra vida al servicio de los Satomi.

Dicho esto, Hachirō cayó adelante y expiró.

---

1 *Tanabata:* Festival que cada siete de julio conmemora que la Princesa Tejedora Orihime y el Pastor Celestial Hikoboshi, normalmente separados por la Vía Láctea, se reencuentran solo por esa noche.

Aparte de este hecho nada había enturbiado la paz de los Satomi. El mismo año que Yoshizane se convirtió en el amo del castillo de Takita se desposó con Isarago, hija de la pujante familia de los Mariyatsu de Kazusa. Poco después tuvieron una hija, Fusehime, y un hijo, Yoshinari. La felicidad reinante no le hizo olvidar las últimas palabras de Hachirō y se esforzó por convertir sus dominios en una tierra idílica, llevando una política sabia y comprometida con el bienestar de sus gentes. Como resultado, sus súbditos eran obedientes y la paz fue duradera. Hasta el día de la brutal caída de su castillo y de su familia.

III.

Yatsufusa acababa de desaparecer en la lejanía con un mapache en su lomo. Y es que un perro amamantado por una mapache no podía ser otra cosa que algo extraordinario. Pero era demasiada casualidad que una mapache apareciera justo aquella noche y que la bruja Tamazusa la hubiese criado. Tantas casualidades solo podían apuntar a una inminente fatalidad.

—Sandeces. ¿Y si se tratara de la misma mapache que crio Tamazusa? ¿Qué pasaría entonces? —le espetó Yoshizane a su capitán.

Goterones de lluvia empezaron a golpear sus mejillas. El cielo se extendía negro como el hollín y pronto cayó la noche. Un viento destemplado empezó a agitarse. Era la noche ideal para la tragedia que se avecinaba, el castillo y sus gentes estaban a punto de sucumbir.

Yoshizane convocó en sus aposentos privados a su esposa Isarago, a sus hijos, a sus ayudantes y a algunos otros. Les iluminaba un simple candil. Se sirvieron los preceptivos cuencos de despedida aunque, a falta de sake, estos solo contenían agua. También faltaba el pescado y la guarnición, de manera que en los platos había únicamente frutas de los árboles.

—Fusehime, Yoshinari… me llena de pesar tener que veros morir a tan temprana edad. Sin embargo, sabed que hace diecisiete años vuestro padre no era más que un fugitivo sin amo ni señor que, derrotado tras la batalla, encontró solaz en estas tierras. Consolaos pensando que desde que me convertí en señor hemos podido disfrutar de diecisiete años de felicidad duradera.

Mientras decía esto notaba que le hervía la sangre. Observó a sus hijos, tan jóvenes y hermosos, y caviló sobre lo necios que habían sido al pedir socorro para mitigar la hambruna, dando así la oportunidad al enemigo para atacar.

Se repartieron los cuencos.

Los Satomi iban a suicidarse en aquella habitación a la que los ayudantes prenderían fuego posteriormente. Los defensores del castillo serían libres entonces de emprender la fuga si así lo hubieran deseado, pero todos habían manifestado su voluntad de seguir a su señor y hasta el último soldado se abriría el vientre.

Yoshizane se volvió decidido hacia su hijo.

—Vos seréis el primero, Yoshinari…

En ese instante todos oyeron un extraño ruido en el exterior, como si alguien estuviera rascando en el suelo de madera de la galería. Horiuchi, intrigado, se alzó y abrió la puerta corredera. Yatsufusa se alzaba empapado, con sus patas delanteras en la galería; en sus fauces llevaba una cabeza humana. Yoshizane se levantó.

—¡Yatsufusa! ¿Qué sucede?

La cabezá cayó de la boca del can, rodó sobre las maderas y se paró con la cara hacia los ocupantes de la habitación, que pudieron admirar con horror el lúgubre botín. El vasallo Sugikura no pudo evitar un grito de terror.

—¡Es Anzai Kagetsura!

Pudieron descubrir entonces que la cabeza no había sido cortada. Con todo lleno de sangre, con los cabellos revueltos pegados al cráneo, con los ojos abiertos con una expresión de

pavor, se fijaron en el cuello y en las marcas de unas poderosas mandíbulas responsables de haberla arrancado del cuerpo. Era difícil reconocer algo humano en aquella masa macilenta, pero no cabía la menor duda; aquel mentón cuadrado, aquella expresión que encarnaba toda la mezquindad humana: se trataba del general enemigo. La voz de Fusehime se abrió paso entre el grupo, paralizado por los acontecimientos.

—Padre, Yatsufusa ha cumplido la orden que le disteis.

En aquel momento, en medio de la tormenta descontrolada que parecía anunciar el fin del mundo, Yatsufusa alzó la cabeza y lanzó un interminable aullido. Pero ¿y la mapache? Nadie acertaba a verla.

Empezó a llegar el clamor del enemigo retirándose más allá de las murallas. Ya no tenía nada que ver con los gritos triunfales proferidos durante el ataque; sin duda, eran los tumultuosos gritos que se dan cuando ocurre una catástrofe. Algo había hecho que la situación diera un giro radical porque, sacudidas por la muerte de su cabecilla, las huestes enemigas habían alzado el sitio y estaban huyendo. Sin perder un momento Yoshizane dio orden de pasar al contraataque. Reuniendo a sus últimos soldados, se lanzaron a la persecución del enemigo hasta acorralarlos. A partir de aquella noche, Satomi Yoshizane se convirtió en un gran señor feudal, amo de los dos condados que habían pertenecido a Anzai.

IV.

La victoria se debía sobre todo al perro Yatsufusa, ante el que se fueron trayendo los manjares más suntuosos de mar y montaña. Pero él, parecía no estar interesado en absoluto. Yoshizane en persona intentó darle de comer, pero el perro no hizo un solo gesto por tocar la comida. Se obstinaba en permanecer acostado, sus flancos palpitando a los lados, con los huesos marcándosele cada vez más y la lengua pendulando entre sus

fauces entreabiertas, con una expresión fiera; listo a abalanzarse sobre todo aquel que intentara darle de comer. Finalmente, todos renunciaron a acercársele y lo dejaron en paz. Hasta que un día de otoño:

—Padre. Mirad lo que ha pasado.

Fusehime acababa de entrar con una expresión grave en el salón donde se hallaban sus padres.

—¿Qué os ocurre?

—Mirad mi rosario, es el que tiene las virtudes confucianas. Cada cuenta se supone que tiene un *kanji*[1], pero en todas en las que figuraba «Confianza» se han borrado sin saber cuándo.

Yoshizane se acercó para observar mejor a la luz de las candelas. Luego dejó escapar un gruñido. Aquel rosario que Fusehime llevaba alrededor de su cuello con doble vuelta tenía una historia singular, ya que el mismo Yatsufusa lo había encontrado un día.

Desde que nació Fusehime, esta había poseído una belleza sin par, sin embargo, no empezó a hablar hasta los siete años; tampoco sonreía. Su padre, que, evidentemente sufría por ella, hizo que desde los tres años fuera cada mes, acompañada de Sugikura y Horiuchi, al santuario sintoísta de Sunosaki Myōjin, que se alzaba en sus dominios, para que rezaran por ella. Esto fue así hasta que algo sucedió cuando la princesa cumplió siete años.

Se contaba que cerca del templo vivía un perro que había sido amamantado por una mapache. Uno de los vasallos había visitado el sitio y comprobado que era cierto. Según explicaban los campesinos, un lobo había degollado a la madre una noche, poco tiempo después de que pariera al cachorro. Todos pensaron que sin duda se moriría, pero el cachorro gozaba de buena salud así que, intrigados, los aldeanos montaron guardia y descubrie-

1 *Kanji*: Caracteres o letras chinas.

ron que una mapache se colaba todas las noches para darle de mamar hasta que el cachorro fue capaz de alimentarse por sí mismo. Creció hasta llegar a tener la talla y la silueta de un león chino.

Impresionado por las características del animal y su supuesta relación con una mapache, Kisonosuke decidió llevarse el can al castillo. El perro en cuestión poseía un pelaje blanco inmaculado excepto ocho manchas negras que recordaban la forma de una peonía. De manera que recibió el nombre de Yatsufusa[1] y, curiosamente, nadie se acordó de que Tamazusa la bruja había criado a una mapache como mascota.

Fusehime se prendó enseguida del animal y este, también pareció encariñarse de ella. Poco tiempo después Fusehime, de siete años, pronunció su primera palabra para llamar al perro: «Yatsufusa», y desde entonces empezó a hablar y a reír con normalidad.

Pasado un tiempo, Kanamari Daisuke llevó a la niña al santuario acompañados del perro para dar las gracias. Daisuke tenía por aquel entonces doce años, era el hijo de Kanamari Hachirō por lo que, excepcionalmente, Yoshizane lo había nombrado a tan temprana edad para que fuera ayo de su hija.

Durante la visita al templo, Yatsufusa vagabundeaba por las colinas detrás del santuario y se introdujo en una pequeña gruta donde se veneraba a Enno Gyōja, un santo de la montaña. Cuando salió, llevaba en la boca un rosario de cuentas de cristal. Las ciento ocho cuentas presentaban un aspecto muy particular, ya que los *kanji* de cada cuenta no parecían trazados con tinta ni tallados. Se iban repitiendo los siguientes caracteres: «Piedad Filial», «Honor», «Lealtad», «Confianza», «Fraternidad», «Cortesía», «Sabiduría» y «Benevolencia».

1 *Yatsufusa:* Literalmente, ocho pétalos.

Desde aquel día la niña usó el rosario como collar que, además, demostró que tenía poderes curativos, ya que cada vez que caía enferma bastaba con ponerle en la boca una u otra cuenta del collar para que sanara, aunque el prodigio solo funcionaba con ella.

En todo esto pensaba Yoshizane, que observaba atentamente el rosario donde, realmente, todas aquellas cuentas que debían mostrar la palabra «Confianza» estaban ahora vacías.

—¿Qué querrá decir esto? —se preguntaba a sí mismo cuando se vio interrumpido por unos alaridos fuera de lo habitual que se oían a lo lejos. De golpe, los paneles correderos se abrieron y delante de ellos apareció Yatsufusa, que arrastraba su correa rota agarrada entre los dientes. Se abalanzó sobre Fusehime, lo que asustó a Yoshizane que se alzó contra la pared.

—¿Qué diablos te pasa, Yatsufusa? —dijo este mientras desenvainaba su espada.

Los criados y las doncellas que habían perseguido al perro se amontonaban detrás de los paneles sin atreverse a dar un paso adelante ya que los ojos inyectados en sangre del perro eran suficientes para mantener a todos a distancia. Yatsufusa, todavía con la correa entre los dientes, emitió un terrible rugido. Fusehime se mantenía cabizbaja como presa de alguna especie de estupor fruto del pavor. Yoshizane empuñó con fuerza su espada.

—¡Fuera de aquí, Yatsufusa! ¡Fuera! ¿Me oyes? Si no, te daré tu merecido, estúpido animal.

Fusehime alzó la cabeza y exclamó:

—Esperad, padre. Yo sé lo que le pasa a Yatsufusa.

—¿Cómo decís?

—He estado pensando estos días… Le prometisteis que si os traía la cabeza de Anzai Kagetsura le daríais mi mano en matrimonio. Pero no lo habéis cumplido, por eso Yatsufusa ha montado en cólera. Pero tiene razón para enfadarse.

—No digáis tonterías.

—No lo son y lo sabéis. Ya habéis visto que el rosario que nos trajo ha perdido el *kanji* de «Confianza». Padre, con el debido respeto que os debo, un gobernante de ley debe ser fiel a su palabra.

—No veo a dónde queréis ir a parar.

—Debo casarme con Yatsufusa.

Isarago dejó escapar un gritito:

—Hija mía, ¿habéis perdido el sentido? Vos y Kanamari Daisuke estáis prometidos para casaros el próximo otoño.

—Daisuke partió como emisario al castillo de Tateyama y ya no hemos vuelto a saber de él. Todo apunta a que ha perecido allá.

—Pero ¿cómo podéis siquiera pensar en casaros con un animal?

—Yatsufusa no es una bestia cualquiera —dijo Fusehime—. Además, ¿cómo explicáis que solo las cuentas de «Confianza» se hayan borrado? Esto es, sin duda, una señal del Cielo.

A Yoshizane se le puso la piel de gallina pues las palabras de su hija ya las había oído antes: «Un gobernante de ley debe ser fiel a su palabra». Algo parecido le había dicho Tamazusa justo antes de morir, hacía diecisiete años: « Yo maldigo vuestra estirpe y así vos, vuestros hijos y vuestros nietos descenderéis a la vida animal y os convertiréis en perros hostigados por las más bajas pasiones».

No, no podía ser que el Cielo quisiera eso. Era demasiado horrible. Un grito se elevó de su garganta pero no acertó a traspasar sus labios. En vez de esto, preguntó:

—¿Y qué pretendéis hacer?

—Ya habéis visto cómo Yatsufusa me ha traído su correa. Así que iré donde él vaya. Padre, madre, os lo ruego, de ahora en adelante tenéis que hacer como si yo ya no perteneciera a este mundo. Recordad que le debemos que el castillo no cayera. Sin su intervención todos estaríamos muertos ahora. Sin olvidar que gracias a Yatsufusa recuperé el don de la palabra. Me debo a sus deseos.

Yoshizane pudo al fin articular unas palabras:

—Hija mía, bien sabéis que ese animal debe de estar poseído por un demonio.

—De ser así, ya me encargaré yo de expulsarlo. Bien, Yatsufusa —añadió ella con una sonrisa serena en los labios aunque con los ojos húmedos—. Yo te sigo.

Cuando hizo ademán de enrollarse el rosario en el cuello de nuevo exclamó:

—Oh, los *kanji* han reaparecido. Padre, algo me dice que el Cielo nos observa. Esta es la señal de que debo cumplir la promesa.

Se levantó y avanzó seguida de Yatsufusa, pero antes de salir se volvió una vez más:

—Volveré cuando Yatsufusa haya cumplido con su *karma*. Entretanto, os ruego que no me mandéis buscar.

Si Yatsufusa no era una bestia cualquiera, Fusehime tampoco era una joven normal. Por mucho que fuera su hija, Yoshizane no podía evitar ver en ella una belleza y una pureza sublimes. Realmente ya parecía no pertenecer a este mundo.

Isarago interrumpió entre sollozos:

—Señor, ¿vais a dejar que se marche así sin más?

—Veamos cómo evoluciona todo y quizá… —gimió Yoshizane mientras giraba la cabeza para mirar a Kisonosuke, Kurando y el resto de sirvientes que asistían a la escena como si fuera la peor de sus pesadillas.

—¿Adónde irá? Dadle a Seigaiha[1], mi corcel favorito. Y que se lleve algo de ropa.

—Además me llevaré el Sutra del Loto, pincel, tintero y papel —agregó Fusehime.

A lo lejos se veía caminando a Yatsufusa, con aire satisfecho. Detrás, le seguía una Fusehime totalmente vestida de blanco, montando a Seigaiha y con una daga como única defensa ceñida

1 *Seigaiha*: Literalmente, Ola de Mar Azul.

a su cintura. Si el perro era de enorme tamaño, el caballo no le andaba a la zaga, pudiendo perfectamente medir casi el doble que una montura ordinaria.

La extraña procesión, mitad humana mitad animal, abandonó el castillo de Takita a la luz de la luna llena aquella misma noche.

—Seguidles, pero que no se den cuenta —ordenó inmediatamente Yoshizane.

—Yo lo haré —propuso un soldado llamado Amasaki Jūrō. Se trataba de un campesino cuarentón de Awa que poseía sus propias tierras. Sin embargo, se había alistado siguiendo a Yoshizane para derrocar a Yamashita. Había sido él mismo quien había regalado Seigaiha a Yoshizane.

Una decena de voluntarios se presentaron para seguir a Amasaki. Entre ellos estaba el propio hijo de este, Jūichirō.

Unas horas más tarde el pequeño grupo de Fusehime llegó al pie del monte Toyama, al norte de Takita. Era tan escarpado que ni siquiera los cazadores se aventuraban entre sus frondas de árboles gigantescos. A pesar de todo, Yatsufusa avanzaba, seguido de Seigaiha, enfilando por el bosque donde incluso la luz de luna no osaba penetrar. Les pisaban los talones sus intrépidos perseguidores, bañados en sudor, un sudor que el miedo hacía sentir helado en sus pieles.

Tras un tiempo, un sonido los ensordeció, y es que habían llegado a la orilla de un torrente. Amasaki y su compañía se dieron cuenta, atónitos, de que Fusehime y su comitiva animal ya estaban en la otra orilla, la clara luz de luna no dejaba lugar a dudas. Seigaiha había atravesado la corriente portando a la joven.

Permanecieron inmóviles con buena razón, ya que apenas dos *ken* de ancho, el río corría rápido y bravo entre numerosas rocas, estallando en un mar de espuma. Esto no pareció amedrentar a Jūrō, que conocía bien al caballo y sabía que este había podido cruzar.

—¡Seigaiha! ¡Vuelve y ayúdame a cruzar el río!

Les pareció ver que el perro tomaba las bridas que iban arrastrándose por el suelo y las estiraba en dirección al río. El caballo dio la vuelta, volvió atravesando rocas y rápidos, como si de un juego se tratara, para reunirse con su antiguo amo, el cual saltó sobre la montura y dirigió el caballo hacia la corriente. Pero, justo cuando alcanzaban la mitad del torrente, una enorme ola se elevó furiosa y golpeó al animal en el costado.

—¡Padre, no! —clamó Jūichirō, mas fue en vano, porque jinete y montura fueron arrastrados río abajo mientras Yatsufusa, alzando su cabeza, profería un largo aullido a la luna.

V.

Informado de la trágica muerte de Amasaki Jūrō, Yoshizane tuvo que dar la razón a los aldeanos que habitaban al pie del monte Toyama, los cuales afirmaban que nadie había conseguido cruzar aquel torrente, que crecía de repente para ahogar a todo aquel que osara intentar cruzarlo, puesto que era la frontera entre este mundo y el otro.

No osaría yo acusar al señor Satomi de cobarde, pero, ya fuera lo que ocurrió tras la marcha de su hija u otra cosa, lo cierto es que Yoshizane abandonó toda búsqueda de Fusehime. En cuanto a Isarago, su madre, no cesaba de derramar lágrimas, hasta tal punto que cayó enferma presa de un mal que la arrastró al borde de la tumba. Su esposo, al verla en semejante estado, se vio obligado, el otoño del año siguiente a la partida de Fusehime, a dirigirse al monte Toyama a la cabeza de una treintena de hombres.

Quizá se pregunten cómo había transcurrido este año para la princesa y el perro.

Cierto es que la altura del monte Toyama permite ver a lo lejos la bahía de Tateyama e incluso el cabo de Sunosaki, pero esto es solo los días muy claros, ya que, normalmente, la montaña se halla cubierta de nubes y brumas.

Sus faldas las recorre impetuosamente, de roca en roca, el torrente que ya conocemos y, a poca distancia de este, una gruta se abre en las rocas con una curiosa piedra plana en la entrada, recordando la forma de una mesa baja. Al abrigo natural de la gruta, tapizada de hierbas secas, habitaba Fusehime. Yatsufusa, por el contrario, vivía en el exterior y no solía entrar. La joven había avisado al can varias veces: «Yatsufusa, he cumplido la promesa y me he convertido en tu esposa, pero solo de corazón. Así que no intentes acercarte a mí».

Cada día el perro se acercaba a la boca de la cueva donde depositaba ramas cuajadas de frutos o peces pescados en el río, gracias a los cuales ni él ni la joven pasaban hambre. Y, si por algún casual, a Fusehime le aquejaba cualquier mal, una cuenta del rosario entre sus labios era suficiente para devolverle la salud.

Los días de lluvia y viento, Yatsufusa se colocaba delante de la entrada de la cueva y, entonces, como uno de los leones de los santuarios, taponaba con su cuerpo y protegía el interior. Parecía feliz y perfectamente satisfecho de semejante vida salvaje en compañía de Fusehime.

La joven ocupaba la mayor parte de su tiempo, ante la mesa de piedra, copiando sutras u oraciones[1]. Yatsufusa vigilaba a su lado, inmóvil.

Con todo, alguna vez, a falta de nada mejor que hacer, la joven salía fuera de la cueva a jugar con él y este, sentado, jadeaba con la lengua entresalida, sus ojos adquirían un brillo inusual y, tras gruñir un poco, se alzaba sobre sus patas traseras e intentaba abalanzarse sobre ella. Cada vez, Fusehime sacaba su daga y bramaba: «¡Yatsufusa, deja de hacer el imbécil! Un

1 Costumbre muy extendida entre los religiosos que sirve como penitencia.

paso más y me corto el cuello»[1]. Esto era suficiente para que Yatsufusa devolviera sus patas al suelo y se quedara cabizbajo.

En resumidas cuentas, ofrecían los dos, en aquel refugio de nubes y brumas, una estampa poco propia del mundo de los humanos, hasta que, tras un año, un acontecimiento sobrenatural vino a perturbar la paz. Fusehime se percató un día de que había dejado de menstruar. A pesar de su intachable pureza, Fusehime conocía lo suficiente como para saber que aquello significaba que estaba encinta: «¿Embarazada yo? Es completamente imposible».

Sin embargo, con el pasar de los días, empezó a notar que algo se movía dentro de ella. El estupor dejó paso al temor. De sobra sabía que Yatsufusa no era un perro cualquiera y no le cabía duda, después de contemplar cómo había salvado el castillo al traer la cabeza del general enemigo, de que debía estar poseído por algo siniestro. Si había accedido a mantener la promesa hecha por su padre, a casarse y convivir con él, y a ofrecerle prácticamente todos los días sus más fervientes oraciones, era precisamente para apaciguar sus pensamientos malignos. De hecho, cada vez que ella recitaba un sutra, el perro parecía prestar mucha atención. ¿Qué tendría que ver aquello con su repentino embarazo?

Semejantes pensamientos empezaron a atormentarla de tal manera que perdió el sueño por completo. Hasta que una tarde de otoño, abatida por la enésima noche en blanco, se encontraba medio echada sobre la mesa de piedra. Con Yatsufusa lo suficientemente lejos, percibió a través de su mente obnubilada un soplo cálido en su nuca y una voz femenina que le dijo a la oreja:

—Fusehime, estás embarazada. Pero eso ya lo sabías. ¿Y de quién crees tú? De Yatsufusa. Las perras paren a los dos meses

1 Si la manera honorable de morir para los hidalgos era abrirse el vientre, el equivalente para las damas era seccionarse la yugular.

así que entre hoy y mañana tendrás ocho cachorros. Le has leído el Sutra del Loto a Yatsufusa, y eso ha despertado su conciencia a Buda, tal y como yo había predicho. Así su alma animal y tu alma humana entraron en íntima comunión y concebisteis. Amamanté a ese perro… y fui yo quien le envió a por la cabeza de Anzai Kagetsura para castigarlo por su cruel indiferencia, ya que tu padre mató a Yamashita Sadakane y Anzai, quien podría haberlo impedido, se limitó a mirar desde el condado vecino. En cuanto a los Satomi, te he elegido a ti para que cumplas con mis deseos y arrastres tu estirpe a la vida animal.

Aterrorizada, Fusehime se echó las manos al cuello y, sin querer, rompió el hilo del rosario. Se oyó un grito desgarrador. Fusehime no había estado soñando, ya que las cuentas del rosario habían espantado a aquello que le había estado susurrando al oído. Pudo distinguir la silueta de un animal que huía y se confundía con el púrpura de la puesta de sol. Llamó a Yatsufusa, que estaba en la ribera del río, y vino con toda celeridad ladrando al animal desconocido que, sin duda, él también había visto. El animal en cuestión se paró, sin dar señal alguna de miedo, pero sorprendido por la aparición de Yatsufusa furioso. Para esquivar el peligro, dio un gran salto y se dirigió hacia el torrente, perseguido por el perro.

Fusehime asistía a la escena sin poder moverse ni avisar a Yatsufusa de que se trataba de una mapache que, sin duda, había esperado encontrar un aliado en el perro y, en su lugar, al verse atacado con uñas y dientes, se había visto obligada a huir a toda velocidad. Unos dolores extraños empezaron a sacudir a la joven.

La mapache vio su salvación en el torrente y se lanzó a saltar entre las rocas del río, con Yatsufusa pisándole los talones. Cuando este estaba tomando impulso para saltar a las rocas, el disparo de un arcabuz atronó entre los arbustos de la otra orilla y, entonces, el perro ejecutó una pirueta en el aire propia de una criatura legendaria para después caer sobre el agua, donde se le perdió de vista.

Fusehime ya se había dado cuenta de que aquellos dolores anunciaban el parto y, asida a la mesa con fuerza miró en todas direcciones. Las cuentas del rosario estaban esparcidas por todas partes. Tomó ocho y una letra emergió en cada una de ellas.

«Tendrás ocho cachorros. Te he elegido a ti para que cumplas con mis deseos y arrastres tu estirpe a la vida animal». La terrible maldición resonaba en sus oídos como un eco. Cogió las cuentas que tantas veces le habían calmado el dolor.

—Sagrado rosario, libradme también del demonio que tengo dentro de mí —dijo mientras se tragaba una tras otra las ocho cuentas del rosario, pero esta vez el dolor no se desvaneció.

Justo delante de ella, vio emerger del bosque a un joven soldado portando un arcabuz. De otro lugar se oían pasos y voces de hombre; un grupo se acercaba.

VI.

Habiendo oído seguramente también ruidos extraños, el joven que estaba a punto de cruzar el río giró su cabeza con aire de sospecha. Un grupo, compuesto por poco más de treinta guerreros, emergió de la fronda.

—¡Por todos los Cielos, mi señor! —profirió el mozo, que no era otro que Kanamari Daisuke, antes de caer de rodillas y encontrarse de frente con un grupo capitaneado por Satomi Yoshizane. El mismo que el verano pasado había enviado a Kanamari Daisuke a por arroz al castillo de Anzai Kagetsura. Este respondió, no con arroz como se esperaba, sino atacando e iniciando la guerra que ya todos conocemos. Daisuke no había regresado y todos daban por hecho que Anzai lo había mandado ejecutar. Sin embargo, estaba vivo y, para colmo de las casualidades, se habían tenido que encontrar en semejante lugar y en tales circunstancias. Gracias al padre de Daisuke, Yoshizane se había podido hacer con las riendas del poder, por lo que, agradecido, no solo había nombrado a Daisuke capitán sino que, además,

le había prometido a su hija para que contrajeran matrimonio el próximo otoño.

—Mi señor, no tengo palabras que puedan expresar mi congoja. Os ruego que me perdonéis —expresó Daisuke todavía de rodillas antes de comenzar su relato:

A su llegada al castillo de Anzai como emisario, este le recibió hospitalariamente y le anunció que debía meditar su respuesta hasta el día siguiente. Pero después le dio largas un día y otro día más, hasta que el quinto, la guardia de Anzai los atacó por sorpresa, pudiendo escapar solo Daisuke de la masacre. Tras una cruenta lucha pudo huir y regresar a toda prisa para descubrir que el ejército de Anzai ya había empezado el sitio del castillo de Takita. Tras debatirse sobre lo que su deber le dictaba y lo que sería mejor, se le ocurrió que era preferible ir a Kamakura lo más rápidamente posible a fin de denunciar la traición de Anzai ante el *shōgun* y obtener así una orden para que se levantara el sitio de Takita. Cuál sería su sorpresa cuando llegó a Kamakura y se enteró de que el ejército enemigo ya había sido vencido y que todo había vuelto a la normalidad.

Convencido de que había faltado a sus deberes, no pudo hallar el valor de regresar al castillo y se resignó a retirarse al Este, donde llevaba una vida errante hasta que oyó de unos viajeros de Awa que Fusehime había sido raptada por Yatsufusa.

Nada más oír aquello la sangre le empezó a bullir, le compró un arcabuz a un cazador y se dirigió al monte Toyama. Llevaba poco tiempo en él cuando Yatsufusa había empezado a ladrar insistentemente hacia su dirección; la mala bestia no había tardado en detectar su olor. En estas se encontraba cuando el perro empezó a cruzar el río hacia él, con un rictus monstruoso y las fauces abiertas; Daisuke se encomendó a los dioses y encendió la mecha del mosquete. Por lo visto había conseguido abatirlo dentro del río justo antes de que se abalanzara sobre él.

Tras concluir su relato se dirigió a su señor:

—¿Y vos qué hacéis por estos lares?

—La señora Isarago se encuentra con un pie en la tumba. He venido a suplicarle a mi hija que vuelva.

Justo en aquel instante Fusehime hizo acto de presencia y se dirigió hacia ellos. Todo, absolutamente todo, el acantilado, la tierra, los árboles, las hierbas, se encontraba bañado de la mortecina luz carmesí del sol que estaba a punto de hundirse en el mar a lo lejos, de manera que cualquiera hubiera creído que ya no estábamos en este mundo. Y entre todo aquel espectáculo, la mancha brillante, inmaculada, de la joven completamente vestida de blanco.

—¡Fusehime! —clamó Yoshizane, que se había lanzado a la ribera del río—. ¿Estáis bien, hija mía?

—Padre, esperad, os lo ruego. No avancéis más. Estos son los dominios de otro mundo.

—Hija mía, vuestra madre está a punto de morir. Por eso he venido a buscaros.

—Padre, dentro de poco yo también voy a morir.

—¿Qué decís?

—Estoy encinta y a punto de dar a luz a los hijos de Yatsufusa.

Golpeados por tan terrible noticia, todos bajaron la mirada hacia la impetuosa corriente de agua. La luz reflejada en el agua les hacía ver la etérea figura de Fusehime como una visión espectral venida del otro lado.

—Escuchadme bien: Yatsufusa estaba poseído por el espíritu maléfico que atormentaba a los Satomi y que yo he conseguido exorcizar con la fuerza de mis oraciones. Pero haciendo esto y sin que me diera cuenta, caí embarazada. Así continúa la obra de ese espíritu maligno y, en breve, todo apunta a que tendré ocho cachorros. —Se arrodilló con el tronco bien erguido—. Pero una voz celestial me ha exhortado a jurar que no he fornicado con esa bestia. Y, de ser cierto, daré la oportunidad a la Justicia Divina para que de una vez inscriba en esta Tierra su regla entre los justos y así poder desterrar al Mal. Tal es la misión con la que yo he venido al mundo.

Los hombres no acertaban a comprender muy bien estas palabras, inmóviles, como petrificados, pero sus pupilas reflejaban el frío resplandor de la daga que Fusehime llevaba pendida del cinto.

—Mirad padre, cuán casta y pura es vuestra hija.

Y esto diciendo, alzó una rodilla, y por encima del vestido sostenido por el cinturón enterró la daga en su costado izquierdo y tiró hacia la derecha.

En ese pequeño instante, el pequeño punto blanco de luz en medio de los bosques fue engullido por las llamaradas del sol poniente y a los atónitos espectadores les pareció que emergía una enorme peonía roja.

Una súbita ventolera arrastró gotas de sangre hasta ellos y no pudieron evitar exhalar una exclamación, porque algo había refulgido entre aquellas vaharadas de viento escarlata que pasaban por encima de sus cabezas.

Cuando al fin se disipó la sangrienta bruma todos pudieron ver el cuerpo de la joven en el suelo. Yoshizane, blanco como la cera, introdujo un pie en el torrente. Pero…

—¡Oh! ¿Qué es eso? —exclamaron algunos, con el dedo extendido hacia un pedazo de cielo y los ojos fijos, desorbitados—. Mirad a Occidente, aquellas luces titilantes que describen círculos.

Había ocho cuerpos celestes que continuaron dando vueltas durante unos instantes, desordenadamente, hasta que, avanzaron a toda velocidad y, como estrellas fugaces, se perdieron de vista al Norte, dispersándose como un abanico.

VII.

Después de seguir con la mirada las «estrellas fugaces», Yoshizane y los suyos se aventuraron a atravesar el río. Yoshizane se arrodilló al lado de su hija y la tomó entre sus brazos. Ella ya había entregado su alma al Cielo, aunque en su rostro flotaba

una sonrisa transparente, como si durmiera. Seguidamente se dirigieron a la gruta para estudiar el lugar donde esta había vivido. Fue entonces cuando Yoshizane vio el rosario en el suelo, junto a una roca con forma de mesa.

—Oh, le faltan ocho cuentas, las de «Piedad Filial», «Honor», «Lealtad», «Confianza», «Fraternidad», «Cortesía», «Sabiduría» y «Benevolencia».

Kanamari Daisuke miró al cielo y se sobresaltó:

—Eso es precisamente lo que acabamos de ver salir volando y desaparecer, ¿no creéis?

A continuación se dirigieron al pie de un gran ciprés cercano a la cueva donde inhumaron a Fusehime, pero esto, lejos de calmar su espíritu, no hizo más que agravar el sentimiento de insignificantes humanos enfrentados al mundo de los espíritus malignos.

Así era sin duda para Yoshizane, quien, sin poder despegar la mirada del túmulo que cubría a su hija, susurró como perdido:

—¿Qué demonios significa todo esto?

En el mismo instante, Daisuke se dejó caer sobre sus rodillas y Yoshizane, que le había visto un puñal en la mano, se lo arrebató con un golpe de su bastón.

—¿Os habéis vuelto loco Daisuke?

—Mi señor, os lo suplico, dejad que me reúna con la princesa —empezó a retorcerse de dolor—. Ella nunca debió casarse con ese perro. Y yo, como vasallo vuestro no debería haberlo permitido, antes debería haber entregado mi vida. De hecho todo esto es culpa mía por no haber sido fiel a mis deberes. Ya solo eso es suficiente para hacerme aborrecer el seguir con vida pero, no… eso no es más que una excusa. Lo cierto es que ahora que la princesa no está, ya no tengo ninguna razón para seguir viviendo…

—¡Cretino! —tronó Yoshizane— y ahora vais a sumar otro error a la lista de los que ya habéis cometido. Vuestro padre ya se suicidó, y ahora el hijo quiere hacer lo mismo. Daisuke, ¿no

veis que lo único que hacéis es darle a ese espíritu maldito más razones para reír? Si tanto aborrecéis la vida meteos a monje y consagraos a obtener el reposo de su alma. Tomad, este es su rosario.

Daisuke hizo ademán de ponérselo en el cuello.

—Es cierto que le faltan ocho cuentas… —Daisuke alzó una mirada aturdida pero, de repente—: ¡Mi señor! Sí, me haré monje mendicante. Recorreré todo el país en busca de las ocho cuentas desaparecidas.

—¿Cómo?

—Se me ha ocurrido que es la única manera de resolver el enigma de todo lo que ha ocurrido. Fusehime ha declarado que ella moría para que la Justicia Celestial inscribiera en esta Tierra su regla entre los justos y así poder desterrar al Mal. Para poder comprender estas palabras debo encontrar las cuentas del rosario.

Diciendo esto, Daisuke miró a la lejana inmensidad crepuscular que allá abajo cobijaba al sol que se iba a dormir.

—Si no puedo cumplir mi destino de ser su esposo, es lo menos que puedo hacer. No importa los años que tarde, pero no volveré a poner un pie en Awa hasta que haya logrado que este rosario vuelva a tener ciento ocho cuentas.

Entonces, uno de los jóvenes soldados del grupo levantó la cabeza:

—Con vuestro permiso, señor, quisiera acompañar a Daisuke.

Se trataba de Amasaki Jūichirō, el hijo de Jūrō, quien un año antes había muerto ahogado al intentar atravesar el torrente.